

Los asuntos del corazon, que son los mas graves, puesto que son los que hacen entrar el mundo á sangre y fuego, alcanzarian un buen término si siempre se eligieran diplomáticos como Octavio de Parisis.

Pero no todo habia concluido. Este enredo galante debia tener su desenlace trágico.

Octavio creia que las mugeres se dan y se retiran como pueden hacerlo con un ramo ó un abanico. Las mas ligeras y las mas alegres sufren con mas intensidad que los hombres, las sacudidas de la pasion. La señora de Revilly no estaba aun consolada, porque habia cometido un pecado mas: «Con el amor no se juega,» le habia dicho Alfredo de Abusset, cuando era aun muy niña.

XXIX.

EL NAUFRAGIO DEL CORAZON.

Segun habia dicho Guillermo de Montbrun, verificó su enlace con la señorita Lucila de Courthuys en la capilla del Senado.

El señor de Parisis asistió naturalmente á la ceremonia. Esta se verificaba mas bien en un salon que en una iglesia. No parecia sino que se continuaba allí una conversacion empezada el día anterior en alguna reunion del gran mundo. Cuando se acercó á su amigo Guillermo, encontró á este, feliz pero inquieto.

—Siempre vá bien lo que concluye bien, le dijo Parisis á media voz.

—Sí, amigo mio, pero no estaré contento sino despues de la luna de miel; siempre temo que la señora Revilly venga á interrumpir la fiesta.

Los dos amigos habian cambiado estas frases con gran rapidez al terminar la misa.

La jóven desposada radiante de belleza, parecia interrogarles con su mirada. Habia observado la in-

quietud de su marido; adivinaba que Octavio poseía el secreto de Guillermo.

Toda jóven desposada tiene una nube en su horizonte.

Después de la misa, Parisis se dirigió hacia el boulevard Haussmann. Iba allí como un amante desocupado ó como un filósofo aficionado á estudiar los latidos del corazón de una muger, á la cual se había hecho traición? creo que ambos sentimientos le impulsaban; pero sobre todo era el primero, puesto que se decía: «Si la señora de Reville no está en casa, visitaré á la hermosa dijonesa.»

Pronto se verá que subió á casa la hermosa dijonesa porque la señora de Reville no estaba en la suya.

Al acercarse á la habitacion de la jóven, á la cual se había hecho traición, vió nueve coches de luto que seguían otro fúnebre; todo era pomposo y blasonado como en los entierros de primera clase. Llamóle la atención una R debajo de una corona de conde.

—Reville! dijo de pronto; será acaso su esposo?

Y aguardó aun que esta R no se referiría á *Reville*.

Sin embargo por mas que los coches de luto se hubiesen ya alejado, Parisis se detuvo frente la puerta de la señora de Reville sin que se atreviese á entrar en ella.

Se dirigió á la otra parte del boulevard y examinó las ventanas como si quisiese leer en la fachada de la casa.

Nadie estaba en las ventanas y en vano había interrogado el triste cortejo. Contemplando la fachada del palacio de Reville miró la fachada del palacio de Argicourt. Se le apareció un rostro medio velado por una cortina de guipur. Le pareció que era el de la señora de Reville. Entonces penetró alegre en la casa de Argicourt.

El conserje, que había querido figurar en el espectáculo, no estaba en su tugurio. Como á Parisis le constaba que el marido había ido á la Borgoña subió á su casa. Llamó y abrió una doncella.

—La señora de Reville? la preguntó.

La doncella no comprendió y le abrió el recibidor sin contestarle.

Apareció la señora de Argicourt.

—Ah! cuán feliz soy al veros, dijo el jóven estrechando su mano; temía que os encontraseis en aquel horrible féretro.

—Pobre muger! dijo la señora de Argicourt.

—La conocéis? preguntó Octavio sorprendido.

—Pero estais loco? La señora de Reville es la que que ha muerto.

Octavio dió tres pasos hacia atrás.

—Oh! Señora: os pido mil perdones: creí ver á la señora de Reville.

—Como! ella era rubia y yo soy morena. Os agradezco el que recordeis así mi semblante.

—Que há ocurrido? preguntó Parisis aterrado.

Que había ocurrido, en efecto? Tres días antes una

esquela habia aterrado á la señora de Revilly. Una amiga que conocia sus amores, le habia enviado la esquela de matrimonio en que se anunciaba el de Guillermo de Montbrun con la señorita Lucila de Courthuys. Ella no vivia en el mundo en que iba á vivir su amante. Creia á este en Lóndres, desde el dia anterior. No tenia ningun presentimiento y leyó y volvió á leer veinte veces la carta, inundándola con sus lágrimas.

El señor de Parisi, durante una noche de baile, habia podido hacerla olvidar al señor de Montbrun, por no sé que especie de seduccion inesperada. El vals, la orquesta, las buenas ocurrencias, todas las mágias de una fiesta nocturna la habian exaltado y se habia abandonado al movimiento de una pasion repentina. Mas al siguiente dia, al despertar, se habia horrorizado de su falta y,—he aquí la lógica de las mugeres! —Habia pedido perdon á un mismo tiempo á su amante y á su marido.

Octavio creyó haber seducido á una muger y no la habia sorprendido mas que en una expansion de embriaguez. Si hubiese ido al siguiente dia á llamar á la puerta de aquella muger, de fijo que no le hubiese abierto. Si ella le hubiese encontrado se hubiese ocultado. Si le hubiese hablado, ella hubiese dicho: —«No os conozco.»

Y que hizo aquella muger despues de haber leido aquella esquela de matrimonio, que para ella fué como una esquela funeraria? Debia ir á comer á Chatou

á casa de unos amigos que la aguardaban todos los juéves. Fué allí.

La hubiera sido imposible el permanecer en su casa donde todo le recordaba su desgracia. La pobre muger no sabia que la desgracia es un huesped que os sigue á todas partes y que se hace aun mas terrible fuera de casa, toda vez que los rostros estraños os internan aun mas en el infierno de la desesperacion.

Antes de subir en el tren se detuvo en la iglesia de San Agustin. Porque? Su segundo adulterio le habia abierto los ojos sobre el primero? La segunda caida la habia mostrado el horror de la primera? O era esto el efecto del dolor que le ocasionaba la perdida de su amante?

Cuando llegó á la casa de sus amigos no dijo nada; ocultó su dolor, trató de sonreir y les engañó poniendo un semblante risueño. La comida se sirvió en un pabellon de ramage situado á la orilla del agua frente á una barca empavesada que aguarda. Como le decia que no tenia apetito comió algunas fresas y bebió unas tras otras tres ó cuatro copas de Málaga. Despues se entró en la barca, segun costumbre, pues todas las semanas se iba á Bougival, donde se encontraban otras Amfitrites parisienses que vivian en el campo.

Las amigas de la señora de Revilly observaron que estaba silenciosa; inclinaba melancólicamente su cabeza sobre las ligeras ondas murmurando con frecuencia:

—No es cierto que hoy el agua es hermosa?

Cuando la barca se acercó á la orilla trató de coger algunas flores acuáticas.

Cogió un hermoso nenúfar que enseñó á todo el mundo. Se la oyó decir casi en voz alta:

—Cuando pienso que no ha venido á decirme nada!

—La barca volvió al centro del rio y vagó con las velas desplegadas. La señora de Reville se inclinó sobre el agua bañando en ella el nenúfar que habia cogido en la orilla.

La flor se escapó de su mano.

—Oh! Dios mio! exclamó.

Le arrancaba esta exclamacion el nenúfar? Se inclinó sobre la barca y cayó.

—Oh Dios mio! gritaron á su vez sus amigas.

Habia un hombre que conducia el barquichuelo: era un atrevido navegante de agua dulce, que como todos los navegantes, no sabia nadar. Ya se sabe con que imprudencia los parisienses y sobre todo los parisienses se aventuran en el Sena ó en las orillas del Océano. El jóven quiso echarse al agua; pero sus hermanas le detuvieron. El vestido de la señora de Reville flotó en la superficie; mas pasaron cinco minutos sin que un salvador apareciese. Cuando se llevó á la pobre mujer á la orilla habia muerto. En vano los médicos lo intentaron todo: no abrió los ojos. Su alma enamorada y herida habia volado.

—Comprendeis esto? dijo la señora de Argicourt al

señor de Parisis: una mujer que siempre estaba riendo!

—Sí, dijo Parisis profundamente impresionado: tomó su corazon por lo serio. Cuanto mas estudio á las mujeres menos las comprendo.

—Su marido no se consolará, dijo la señora de Argicourt. El hablaba tambien de morir.

—Tampoco se consolará Guillermo de Montbrun.

La señora de Argicourt concedió una lágrima á la señora de Reville.

—Era una vecina encantadora, dijo: yo la oia cantar como una ave y la veia sonreir en el balcon; mi alma está de luto.

Octavio miraba á la jóven.

—Es extraño! se dijo á sí mismo; siempre me parece que veo la señora de Reville en la señora de Argicourt.—Adios, señora, dijo en voz alta. Volveremos á hablar de ella.

Y cuando estuvo solo añadió:

—Oh las mujeres! que abismo de tinieblas! La pobre difunta habia encontrado muy sencillo el tomar un amante mientras que su marido jugaba á la bolsa; encontró muy sencillo el hacer traicion á éste durante una hermosa noche; y, porque él, á su vez, le es infiel, se arroja al agua! Que explique esto quien pueda: yo no lo comprendo.

Y pensando en ambas mujeres continuó:

—Me será ya imposible el volver á ver á la señora de Argicourt.